

## EDITORIAL

“Y la Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros” (Jn 1,14). Con esta cita evangélica, apreciado lector, iniciamos este interesante recorrido literario, un camino intelectual que propone no sólo una palabra humana, sino el encuentro con la Palabra de Dios, nuestro Señor Jesucristo, que “ilumina a todo hombre que viene a este mundo” (Jn 1, 9). En unos cuantos días celebraremos ese maravilloso misterio de la Encarnación: es la Palabra del Padre que decide por puro amor, compartir con nosotros la aventura humana con el fin de darnos a conocer al Padre y su proyecto de salvación: “tanto amó Dios al mundo, que envió a su Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3,16).

Este encuentro con la verdad nos lleva a la vivencia de la sabiduría. Ya no se trata de un simple conocimiento intelectual de Dios, sino más bien, de la profunda experiencia de comunión con el Padre. Ese sabernos amados y tomados en cuenta por Dios, es para nosotros motivo de profundo gozo y renovación personal. “El Verbo se hace carne y habita entre nosotros”, nuestra frágil condición humana se convierte en el hábitat divino, en el lugar en el cual mora Dios.

Nuestra tarea, como respuesta al amor con que hemos sido amados, es abandonarnos “en aquel que sabemos nos ama”. Confiarse supone, en primer lugar, un ejercicio pleno de la libertad, una apertura fundamental al amor, para que un día, como Jesús en la cruz, podamos exclamar: “en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23, 45). Esta confianza, hermanos, nos lleva a desapropiarnos, a dejar toda clase de seguridades humanas, para confiarnos al cuidado amoroso del Padre.

Pareciera difícil este *dejarnos* en Dios, pero en realidad, nuestro ser, nuestra misma naturaleza, lo necesita. Existe en lo más profundo de nosotros un anhelo de su presencia. San Pablo lo dice claramente en su carta a los Romanos: “Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismo gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo” (8, 19-23).

Es importante que no echemos en saco roto la Buena Nueva del amor y de la salvación, pues como bien dice el salmista: “Lámpara es tu Palabra para mis pasos, luz en mi sendero”, y en otra parte de la Escritura, Pedro con fe firme dice: “Señor, ¿a quien vamos a ir?, sólo Tú tienes Palabras de vida eterna y nosotros sabemos que Tú eres el santo de Dios” (Jn 6, 68).

Vale la pena iniciar la aventura de la fe con un corazón confiado y alerta, pues hemos sido llamados a morar en el corazón del Padre, a alcanzar la estatura de Cristo, a ser luz de las naciones y buenos administradores de los bienes que nos han sido confiados, tanto en la tierra como en el cielo.

Esperamos de todo corazón que el itinerario que te proponemos en este número de nuestra publicación te lleve, a través de la teología, de la moral, del arte, de la filosofía y de la Escritura a caminar por los senderos del amor y de la paz, a “dar razón de tu esperanza” (1Pe 3, 15).

